

Reportaje

Un hombre con pasión

Jesús Martínez Carracedo - Director del Departamento de
Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal Española

Tarea difícil la que se me pide en estos momentos: escribir algo nuevo sobre San Camilo después de un año de celebración por el 4º centenario de su muerte, en el que tanto se ha escrito sobre él.

Acabamos de vivir las celebraciones de la Pascua y ello me ha sugerido una palabra y todo su contenido: PASIÓN. Les invito a ver a Camilo desde esta clave de lectura.

La Pasión implica una acepción que hace referencia al dolor, al sufrimiento, pero también indica entrega, amor. A Camilo yo lo he visto siempre como a un hombre apasionado, que vivió su pasión-dolor y construyó lo que después sería su verdadera pasión-amor: la entrega por Cristo a los que sufren.

Antes de su conversión vivía las batallas con pasión, con pasión se lanzaba al juego donde perdía la cabeza y el dinero, con pasión vivía su juventud, su inconsciencia, su vida. Llega la hora del sufrimiento y la enfermedad. Le toca vivir la otra cara: la pasión-dolor, la cruz. Sufre, se duele, se interroga, se enfada por lo que ve, se desespera, pero esta cruz lo llevará a la luz: abre los ojos a la realidad del sufrimiento, del hermano, de las injusticias, del abandono, y su corazón apasionado se despierta en un lugar simbólico: el Hospital de Santiago de los Incurables (también Santiago era apasionado, ‘hijo del fuego’).

El fuego apasionado de su corazón lo empuja, ahora, a entregarse con pasión y con compasión a sus hermanos enfermos, viendo en ellos al mismo Cristo. Este momento de su vida nos recuerda al pueblo de Israel y a la Iglesia. Los israelitas, al ver la serpiente alzada, quedaban curados, y Pablo nos dirá que también nosotros al contemplar a Cristo en la cruz somos salvados. Sus llagas nos curaron. Así, al contemplar al Crucificado en los crucificados del mundo, Camilo y nosotros, quedamos tocados, convertidos, salvados, enamorados.

Camilo lee “estuve enfermo y me visitaron” (Mt 25) y dice “todos miren al pobre como a la persona del Señor”, porque así quedó convertida su pasión: de la guerra al amor, del saqueo a la entrega total, de causar dolor y sufrimiento a aliviar y curar, de manos fuertes que hieren a manos maternas que aman y acarician.

Es su pascua, su conversión. Su corazón ha dado un vuelvo, vuelco apasionado. Vuelco de vida que transforma interiormente y provoca que allí, por donde pase, también las cosas, las personas y las estructuras queden transformadas. Esto también nos lo mostró el Camilo resucitado: empezó a transformar el hospital y a los agentes, el material y las actitudes practicadas; impulsó una transformación también en sus compañeros hasta el punto de contagiarles con el virus más potente del mundo: el Amor por el prójimo que sufre, y así iniciar juntos la andadura de una comunidad de hermanos ‘ministros de los enfermos’.

Hizo transformar incluso a la misma teología: el Papa se percató de que las tradiciones sacramentales no podían estar por encima de las personas, que uno no puede sentirse perdonado si primero no es amado, si no tiene la experiencia de la acogida, y por tanto dejó

de exigirse la confesión como condición para ser atendido. Camilo hace relucir al Dios del Amor por encima del juicio.

Todo queda transformado. Es su forma de vivirlo, pero antes lo hizo Jesús. Esta fue su Pascua: no fue un masoquista, para mostrarnos el Amor total y la entrega total tuvo que aceptar la pasión-dolor, y desde ahí iluminó y transformó al mundo entero con su Pasión-Amor.

Dicho esto, les invito a vivir la Pascua haciendo un camino semejante en nuestras vidas.